

Tim. Pero, sobrina...

Mart. Con que ¿tampoco hay indulto para mí?

Marc. Perdona usted. No es vanidad, no; lo juro, La causa de este desvío Con que á tres novios renunció; Pero amo mi libertad Y en ella mi dicha fundo. No aborrezco yo á los hombres Aunque severa los juzgo. Confieso que para amigos Son excelentes algunos; Para amantes, casi todos; Para esposos... ¡abrenuncio! Mi sexo me inclina á ellos; Mi razón toma otro rumbo. No se al fin quién vencerá, Porque yo no soy de estuco. Entretanto ni desprecio Á los hombres, ni los busco. Buenas palabras á todos; Mi corazón..., á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta; Y sería un necio, un bruto Si, ya que aspirar no puedo, Aunque de amor me consumo, Á una mano tan preciosa, No cifrase yo mi orgullo En elogiar á Marcela Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro Sin el consuelo, el alivio, El gusto, el placer...?

Marc. Presumo Que así será.

Tim. Mas ¿por qué, Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad, Y mayor cautividad Con un marido le espera. En todo estado y esfera La mujer es desgraciada; Sólo es menos desdichada Cuando es viuda independiente, Sin marido ni pariente Á quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud Libre y tranquila gozar; Pues me quiso el cielo dar Plata, alegría y salud. Si pelagra mi virtud Venceré mi antipatía, Mas mientras llega ese día ¿Yo marido? Ni pintado, Porque el gato escarmentado Huye hasta del agua fría.

Los humanos corazones Ya á mi costa conocí. Pocos me querrán por mí; Cualquiera por mis doblones. Celibatos camastrones,

Buscad muchachas solteras, Que muchas hay casaderas. Dejadme á mí con mi luto. Paguen ellas su tributo: Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbéis mi reposo. Hombres, yo os amo en extremo;

Pero, á la verdad, os temo Como la oveja al raposo. Este es necio; aquel celoso; Avaro y altivo el uno; Otro infiel; otro importuno; Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo Con todos y con ninguno.

ELENA

DRAMA EN CINCO ACTOS

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 23 DE OCTUBRE DE 1834 (1)

PERSONAS

ELENA.
VICTORINA.
BLASA.
DOÑA CASILDA.
DON GERARDO.
EL MARQUÉS.
GINÉS.
EL CONDE.
REJÓN.

TORMENTA.
PANCHE.
PASCUAL.
UN PINTOR.
UN MÚSICO.
DON TADEO.
UN CARRETERO.
LADRONES.
CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado; y quinto en una cabaña á las inmediaciones de Écija.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Gerardo.

Me avergüenza; ya me canso De gemir, de suplicar... Mi esposa ha de ser Elena: Lo he jurado: lo será. ¡Ay desdichada mujer Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA PRIMERA

DON GERARDO

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

ESCENA II

DON GERARDO, GINÉS

Ginés. Señor...

Ger.

¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno romanticismo estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del idolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeñó esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Sólo dirá, y creo que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo transcurrido más de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los más azarosos y turbulentos que

Ginés. Desayunándose está.
Ger. Bien. No tardará en venir
 Con su labor. — El fatal
 Momento se acerca. Tiemblo.
Ginés. ¡Bobada! ¿Por qué tembláis?
Ger. Ginés, sólo en ti confío.
Ginés. ¡Oh! bien podéis confiar.
Ger. El celo con que me sirves
 No olvidaré yo jamás.
 Cuando todos me vendían
 Tú sólo fuiste leal;
 Tú sólo en mi larga ausencia.
 No te gozaste en labrar
 Mi deshonra, mi desdicha
Ginés. ¡Señor, por piedad.
 No me abochornéis! Cumplí
 Con mi deber. Nada más.
Ger. No bien descubrir lograste
 Aquella intriga infernal,
 La denunciaste á tu amo,
 Que en la modestia falaz
 De una mujer se fiaba.
Ginés. ¡Ah, señor! La caridad
 Con que la humana flaqueza
 Debe un cristiano mirar,
 La indulgencia y el sigilo
 Me prescribían quizá.
 Por otra parte, el amor
 Que me debéis, mi lealtad,
 Mi gratitud... ¡Fué preciso
 Á esa infeliz acusar!
 Pero bien sabéis, señor,
 Que no hubo mordacidad
 En mi carta. ¡Dios me libre!
 Referí de pe á pa
 Lo sucedido; eso sí,
 Pero sin acriminar
 Al prójimo, que soy hombre
 Yo también, y como tal
 Puedo caer algún día
 En las garras de Satán.
 Tranquila está mi conciencia,
 Y sólo tengo un pesar,
 Que es haber sabido tarde,
 Y cuando no había ya
 Remedio, la mala acción
 De vuestro indigno rival.
 Dirán que pérfido fui
 Con la cuitada. Es verdad.
 Luego que partió de Utrera
 El seductor capitán
 Á una urgente comisión

acaso ha conocido la humanidad. En el teatro del mundo positivo se han sucedido tantos y tantos dramas, ora terribles, ora ridículos, y tan abundantes en peripecias, no todas verosímiles, aunque demasiado ciertas, que el de hoy solía hacer olvidar el de ayer. Y si esto sucedía con realidades de tal trascendencia, no es mucho que dejasen poca ó ninguna huella en la memoria de algunos las fugaces invenciones de un poeta, y que la crítica, de ordinario superficial y apasionada, no haya seguido y observado á cada autor en todas las fases y vicisitudes en su vida literaria.

Del servicio militar,
 Logré hacerme confidente
 De su víctima; y fué tal
 Su candor, su buena fe,
 Que tendría gran pesar
 De haberla engañado luego,
 Si para evitar un mal
 No hubiera sido forzoso
 Otro más leve aceptar.
 Temí vuestros justos celos;
 Temí que agudo puñal
 La sangre de esa infeliz
 Derramase; y, lo que es más,
 La vuestra. En tal situación,
 ¿Qué mucho, pues, si sagaz
 Interceptando las cartas
 De la dama y del galán,
 Fingiendo otras, y atizando
 De la discordia infernal
 La tea, allané el camino
 De vuestra felicidad? —
 Los medios son reprobables;
 Mal lo pudiera negar;
 Pero es muy cristiano el fin;
 Pues se encamina á la paz,
 Y á la dicha de mi amo,
 De aquel que me da su pan;
 De aquel... ¡Sea todo por Dios!
 Lo mejor es olvidar
 Lo pasado; y yo confío,
 Puesto que tanto la amáis
 Que vuestra hermosa sobrina
 Al fin la mano os dará,
 Y un matrimonio dichoso
 Pondrá fin á tanto afán.
Ger. Tan lisonjera esperanza
 No me atrevo yo á abrigar
 En mi pecho todavía.
 Tú sabes la frialdad
 Con que siempre me ha escuchado
 Cuando he querido insinuar
 Mi designio de casarme
 Con ella. Ya es un volcán
 Dentro de mi alma el amor
 Que me inspira su beldad,
 Y retardar no me es dado,
 Ó bien el golpe mortal
 De un desengaño, ó la dicha
 De llamarla ante el altar
 Esposa mía. Esta carta
 De su irritado galán
 Tal vez en odio implacable

Tanto amor convertirá.
 Parece que la he dictado
 Yo mismo. Se la darás,
 Y con destreza...

Ginés. Os comprendo.

(Tomando y guardando el papel.)

Obraré según el plan
 Convenido. Sin embargo,
 Bueno fuera retardar
 Algún tiempo...

Ger. No, Ginés.

Basta de suplicio ya.

Ginés. Quiera el cielo...

Ger. Si consigues

Inclinar su voluntad
 Hacia mí, seré tu esclavo,
 No tu señor. Mi caudal,
 Mi vida...

Ginés. ¡Silencio!

Ger. ¿Viene?

Ginés. Sí, señor.

Ger. Voy á escuchar

Desde su cuarto. Á su tiempo

Saldré...

Ginés. Sí. ¡Pronto! Aquí está.

ESCENA III

ELENA, GINÉS

Ginés. ¡Pobre señorita! ¡Siempre,
 Siempre llorando!

Elena. El encono

De mi estrella, buen Ginés,
 Así lo quiere. Yo lloro,
 Y entretanto el hombre injusto
 Ocasión de mi sollozos
 Tal vez á otra desgraciada
 Jura eterno amor. ¡Mis ojos
 Ya no volverán á verle!
 La que en tiempo más dichoso
 Era su ídolo, quizá
 Ya no le merece un solo
 Recuerdo.

Ginés. En verdad, señora,
 Militar, joven, buen mozo,
 Y en siglo tan corrompido,
 No me causaría asombro
 Su perfidia. Sin embargo,
 Mientras no haya un testimonio
 Que lo pruebe...

Elena. ¿Que más prueba

Que pasar un mes y otro
 Sin escribirme? Al principio
 Con más compasión que enojo
 Su silencio atribuí

Á alguna dolencia. ¡Ay! ¡Cómo,
 Cómo nos ciega el amor!
 Pero tú sabes cuán poco
 Duró mi error. Tú, que has sido
 Mi consolador, mi apoyo,
 Desde el día que supiste
 Mi secreto...

Ginés. Soy piadoso,
 Señorita. Fui cristiano
 Antes de ser mayordomo.

Elena. Tú escribiste á Badajoz
 Donde se halla desde agosto
 Su regimiento, y supiste...

Ginés. Que está muy sano y muy gordo
 Don Gabriel; pero tal vez
 Algún impensado estorbo...
 No hay que perder la esperanza.
 Acaso anhelando el logro
 De sus deseos... Sabéis
 Que antes de partir, ansioso
 De unirse á vos para siempre
 En halagüeño consorcio,
 Solicité la debida
 Real licencia, y si el negocio
 No está corriente, sin duda
 Habrá de estarlo muy pronto.
 El día menos pensado
 Recibiremos...

Elena. Tu rostro
 Me anuncia algún bien. ¡Ah! Dime...

Ginés. Si me prometéis que el gozo
 No ha de enajenaros, hoy...,
 Tal vez ahora mismo...

Elena. ¿Qué oigo!
 Habla. ¿Qué quieres decirme?

¿Hay carta?

Ginés. ¡Chit...! ¡Qué alboroto!
 Sí. Tómela usted.

(Da á Elena la que recibió de don Gerardo.)

Elena. ¡Gabriel!
 ¡Dueño de mi vida! ¡Oh colmo
 De placer!

Ginés. ¡Callad! No en vano
 Temí... ¡Por vida del moro!
 Pedir juicio á los amantes
 Es pedir peras al olmo.
 Moderaos. Si nos oyen...

Elena. No temas. ¿Ves cuál sofoco
 (Ha abierto la carta.)

En mi pecho el regocijo?
 ¡Oh nombre, nombre que adoro,
 Aquí estás! ¡Con qué delicia
 Te besa el labio amoroso
 De tu Elena!

Ginés. (Ya ha llegado
 El fatal momento.)

Elena. ¡Cómo!...

(Interrumpiendo su lectura.)

¡Justo Dios!... ¿Será posible?...
¿Daré crédito á mis ojos? —
¡Ah! Yo muero.

(Dejándose caer sobre una silla.)

Ginés. ¡Señorita!

Elena. No, no te pido socorro.
Dame un puñal que me mate,
Pues golpe tan horroroso
Puedo resistir. ¡Ginés!

Ginés. ¿Qué nueva funesta...?

Elena. ¡Monstruo!
Lee esa carta. ¡Ah! ¡Qué tarde
Su perfidia reconozco!

Ginés. (Lee.) « Te creí digna de ser
amada, y mi corazón fué tuyo. Un des-
engaño feliz ha roto la venda que me ce-
gaba. No te acuso : eres mujer. Ni te re-
cuerdo tus promesas, ni estoy obligado á
cumplir las mías. Fuiste débil : yo seré
prudente. Suspiras por tu libertad : yo
recobro la mía. Supongo que no me escri-
birás : sería inútil. No te inquiete la suerte
de tu inocente hijo. Sé mis deberes, y no
renunciare á mis derechos. Adiós. Olvida
para siempre al desengañado y resuelto

GABRIEL DE ZAVALA. »

¡Jesús, Jesús, qué maldad!
¡Qué perfidia! Estoy absorto.

Elena. ¡Oh rubor! ¡Oh desventura!
¡Tal es el premio que logro
Del más entrañable amor!
¿Qué se hicieron, alevoso,
Aquellos tiernos suspiros?
¿Qué fué del mentido lloro,
Qué de la infame elocuencia,
Qué de los ardientes votos
Con que insidiaste y rendiste
Mi virtud?

Ginés. Hay muchos lobos
Con piel de oveja. ¡Ay, señora,
Cuántos vínculos ha roto
La ausencia! Ya en este siglo
Pasan por juguete el dolo,
La injusticia... No hay virtud,
Ni constancia, ni decoro
En los hombres. ¡Vive Dios,
Que hablo como un San Ambrosio!

Elena. No; quizá tiene mi amante
Motivos muy poderosos,
Que no puedo comprender,
Para violar sin rebozo
Sus juramentos. Acaso
La calumnia...

Ginés. Sí; su soplo
Envenenado tal vez

Convierte el amor en odio.
Mas ¿qué amante verdadero,
Sólo porque algún chismoso
Le indispone con su dama,
La condena de ese modo,
Sin comprobar su delito;
Sin oírlo? — No soy docto,
Mas por la lectura sola
De esta carta, bien conozco
Que es don Gabriel un perjuro.
Se muestra en ella quejoso;
Pero ¿de qué? Sólo dice :
« Quitó la venda á mis ojos
» Un desengaño feliz... »
¿Qué desengaño, ó qué embrollo
Es éste? ¡Nada! Pretextos;
Subterfugios de tramposo.
Quizá tenía vergüenza
De escribir : « Yo te abandono
» Porque me cansé de ti
» Y á otra belleza enamoro. »
Elena. Ten piedad de mi dolor.
No me quites oficioso
El consuelo de la duda,
De la esperanza. ¡Este solo
Me restaba!

Ginés. No quisiera
Afligir ni por asomo
Á mi amada señorita;
Mas con vanos circunloquios
No disfrazo lo que siento.
Elena. ¡Dios de venganza! ¿Eres sordo
Al clamor de una infeliz?
Descienda desde tu trono
Un rayo exterminador.
Perezca el hombre alevoso
Que así me engañó. Sepulta
Á su cómplice en el polvo
De la tumba. — ¡Miserable!
¿Qué digo? ¡Ah! ¿Cómo te incovo
Sin temblar? Mi frente sola
Sea blanco lastimoso
De tu cólera divina,
Pues yo soy quien la provocho :
Yo que abandoné la senda
De la virtud; yo que ahogo
Sus gritos; yo que del alma
Aun el retrato no borro
De un fermentido; yo, en fin,
Que á mi familia deshonro.

Ginés. (Ahora viene de perillas
Un movimiento oratorio.)
¡Deshonrar! ¿Por qué, señora?
Don Gerardo es generoso,
Es hombre de mundo, y sabe
Que está expuesta á mil escollos
La virtud de una mujer,
Como nave sin piloto. —

Por algunas expresiones
Que de cuando en cuando le oigo
Presumo que mi señor
Ya se ha informado de todo. —
Sí, señora. Sin embargo,
Cada día está más loco
Por Elena, y si lograra
La dicha de ser su esposo...

Elena. ¡Desdichada! ¿Adónde iré?
(Sin oír á Ginés.)

¿En qué desierto remoto
Iré á esconder mi miseria?
¿Quién enjugará piadoso
Mis lágrimas doloridas?
¿Quién...?
Ginés. ¡Qué lástima de potro!
Ese hombre ¿es cristiano? ¡Ah vil! —
¿Y qué haréis? Ello, es forzoso
Tomar un partido. Acaso
La justicia... Mas el foro
Procede con tanta flema...
Y luego, si él es temoso
Y se cierra en no casarse...

Elena. No, Ginés. Harto sonrojo
Cubre ya mi frente. ¿Quieres
Que, haciendo al mundo notorio
Mi fortuna, me aventure
Á un fallo que mi desdoro
Tal vez aumente? ¿Y qué gloria,
Qué ventura me propongo
Si por fuerza es mi marido?
Su corazón ambiciono
Más que su mano, Ginés.
¿Y qué tribunal, qué solio
Me lo volviera? Perdí
Para siempre mi reposo,
Mi alegría, mi esperanza.

Ginés. ¡No! ¡Cuál fuera el alborozo
Del perverso don Gabriel
Si viera ese amargo lloro!
¿No hay más hombres en el mundo?
¿Son como él acaso todos?
Olvidadle, señorita.
Más digno, más amoroso
Consorte os depara el cielo;
Y no es al fin ningún mono,
Ningún...

Elena. ¡Jamás! Condenada
Á la aflicción y al oprobio,
¿Qué mortal osara...?

ESCENA IV

DON GERARDO, ELENA, GINÉS

Ger. Yo.
(Saliendo precipitadamente.)

Elena. ¡Mi tío!
Ger. Yo, que te adoro;
Yo, que postrado á tus pies
Te juro...
Elena. ¡Señor!...
Ginés. (Yo estorbo.)

ESCENA V

DON GERARDO, ELENA

Elena. Levantad.
Ger. Pronuncia un sí.
Hazme venturoso, Elena.
No me apartaré de ti
Hasta que tu boca...
Elena. ¡Oh pena!
Ger. Compadécete de mí.
Elena. (¡Oh cielos! ¡En qué ocasión!...)
Por piedad... Yo no merezco...
Ni puede mi corazón...
Ger. Si no eres mía, fallezco;
¡Tan profunda es mi pasión!
Elena. Perdonad, señor, ni huyendo
Evito...
Ger. No. ¿Por qué huir?
(Se levanta y la detiene.)

Yo con mi amor no te ofendo.
Sólo tu dicha pretendo.
Elena. (¡Ah! ¡Cuánto tardo en morir!)

Ger. ¿Merecen tanto desvío
Mi bondad, mi tierno amor?
Elena. Yo no mando en mi albedrío.
Ger. ¿Sufriera tanto rigor
Si yo mandara en el mío?
Elena. Si basta mi gratitud...
Ger. No, que merece tu mano
Mi tierna solicitud
Quizá más que algún villano
Seductor de tu virtud.
Elena. ¡Qué escucho!
Ger. Todo lo sé.
Elena. ¡Desventurada de mí!
¡Ah, señor! Ya no podré
Alzar mis ojos...
Ger. ¿Por qué? —
¡Yo los alzo sobre ti!
Á ti te causa rubor
Haber amado á un traidor,
Ocasión de tu desdoro;
Y yo á su víctima adoro.
¿Cuál es flaqueza mayor?
Elena. ¡Ah, que con frente serena
En el miserable estado
Á que el cielo me condena,
Escuchar ya no me es dado

Acentos de amor!

Ger. ¡Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido

De hacer respetar mi llanto,

Postrada, señor, os pido

No hagáis mayor mi quebranto.

Sepultadme en el olvido.

Ger. ¿Olvidarte yo? Jamás.

Aun bajo la losa fría

Dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mía

Ama una vez, y no más.

Ger. ¿Y á quién, infeliz mujer,

Digno juzgas de tu amor?

Á un perjuro, á un seductor

Que con bárbaro placer

Se mofa de tu dolor.

El te condena querido

Al desprecio, al abandono;

Yo infeliz y aborrecido,

Yo, que vengarme he podido,

Te idolatro... y te perdono.

Recuerda, recuerda, ingrata,

Cuánto debes á este tío

Á quien tu desdén maltrata,

Y lamenta el desvarío

De tu pasión insensata.

Amparo de tu orfandad

Desde tu tierna niñez,

Te libertó mi bondad

De triste mendicidad,

Y de la infamia tal vez.

¿Qué padre mostró jamás

Mi ternura ardiente, inmensa?

¿Dónde un amante hallarás

Más generoso? ¡Y me das

Tan amarga recompensa!

Acaso mi amor un día

Ludibrio será del mundo;

Mas ¡ay! la razón tardía

Mal puede del alma mía

Dardo arrancar tan profundo.

No brilla en mí la florida

Primavera de la edad;

No en mi lengua fementida

Blanda lisonja se anida

Máscara de la maldad;

Amores no sé decir;

Sé amar con el alma entera,

Y si no logro rendir

Tu alvitez injusta y fiera,

Amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que habláis

Me traspasa el corazón.

Contemplad á quién amáis,

Y no como yo cubráis

Vuestro nombre de baldón.

Poder amaros quisiera,

Pero mi destino adverso...

Ger. ¡El destino! Sé sincera.

Aun á más aquel perverso.

Confíesamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,

Y eterno será mi amor.

Ger. ¡Le amas! ¡Ó despecho! ¡Ó men-
[gua!

¿Y sin temer mi furor...?

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Ger. Insúltame. Digno soy

De tu escarnio y tu desprecio,

Pues ciego y sin juicio estoy,

Y con mi paciencia ¡ay necio!

Armas contra mí te doy.

Si hubiera escuchado un día

La voz de justa venganza

Lavando la afrenta mía

En tu sangre, hoy no vería

Burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano

En mi sangre aborrecida.

¿Quién detiene vuestra mano?

Sed mi cruel homicida...

Mas no seáis mi tirano.

Ger. Si pudiera aborrecerte.

¡Oh cuán venturoso fuera!

Elena. ¿Qué esperáis? Dadme la muerte.

Yo bendeciré mi suerte,

Y la mano que me hiera.

Si no por odio, señor,

Por piedad de mi dolor,

Abridme la sepultura;

Que esta vida sin ventura

Aun me infunde más horror.

Vengad con golpe sangriento,

Tanto desdén, tanto ultraje:

Cesará mi amor violento,

Cesará vuestro tormento,

Y el baldón de mi linaje.

Arranque una punta airada

Á mi lacerado pecho

Aquella imagen amada

Que aun retiene á su despecho

Con fuego eterno grabada.

Menos su inconstancia lloro

Que vuestro amor. Dadme, dadme

La muerte que tanto imploro.

Ger. ¡Desdichada!

Elena. Sí; le adoro...

Y os aborrezco. ¡Matadme!

Ger. ¡Oh mujer, fatal mujer

Nacida para mi mal!

Yo merezco oprobio tanto;

Yo, más piadoso á tu llanto

Que mi funesto rival.

Á ti misma te aborreces

Aun más que á tu bienhechor.

¡El seno al puñal ofreces!

No, no un puñal; tú mereces

Otro suplicio mayor.

No me fuerce tu demencia

Á convertir en encono

Mi mal pagada clemencia.

¡Ay de ti si te abandono!

La deshonra, la indigencia...

Elena. ¡No mas! Yo sabré sufrir

Mi suerte...

Ger. ¿Adónde has de ir

Sin amparo en tu aflicción?

Elena. No ha de faltarme un rincón

Donde llorar... y morir.

Si sucumbo á la indigencia,

Si de Dios la providencia

Su protección no me da,

Al menos me libraré

De vuestra odiosa presencia.

(*Vase Elena; afligido don Gerardo se deja caer sobre una silla.*)

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

ESCENA PRIMERA

ELENA, VICTORINA

Vict. Siéntate; no estés de pie,

Que yo no soy altanera.

(Es linda la camarera;

Con ella me quedaré.)

Yo supongo que sabrás

Lo necesario á tu empleo:

Coser, peinar con aseo,

Leer, escribir y demás.

Elena. Ya que no mi suficiencia,

Mi deseo de dar gusto,

Mi agradecimiento...

Vict. Es justo.

Elena. ¡Dios mío, dadme paciencia!

Vict. Si no estás bien instruída,

Si no sirves para mí,

Tanto pero para ti,

Porque serás despedida. —

Ni hay tanta dificultad

En complacerme. Soy viva,

Impaciente, ejecutiva,

Pero tengo caridad,

No me gusta que á un sirviente

Se insulte, se mortifique...

Con que no me replique,

Conmigo está grandemente.

Pago el salario puntual;

En comer no pongo tasa;

Si alguno enferma en mi casa

No le envío al hospital;

Si me agrada una doncella,

Tal la suelo regalar

Que muchos pueden dudar

Si la señorita es ella.

El hondo cofre repleto

Dígalo sino por mí

De la que ayer despedí

Porque me faltó al respeto. —

¿Tu nombre?

Elena. Elena.

Vict. Muy bien.

Bello nombre y adecuado,

Que eres muy linda. ¡Cuidado

No haya aquí Troya también!

Elena. Señora, yo...

Vict. ¿Quién te abona?

Elena. ¡Ay triste! Nadie en el mundo.

Vict. ¡Qué suspiro tan profundo!

Con qué ¿no hay una persona...?

¿Dónde has servido hasta hoy?

Elena. En ninguna parte.

Vict. ¡Alabo!

¿Tienes familia?

Elena. No.

Vict. ¡Bravo!

Elena. Infeliz huérfana soy.

Vict. ¡Desventurada! ¿Cuál es

Tu patria?

Elena. Utrera.

Vict. ¡Gran villa!

¿Cuándo has venido á Sevilla?

Elena. Vine, señora, hará un mes.

Vict. Ese llanto..., la finura

De tu rostro y tus modales

Son evidentes señales

De que alguna desventura...

Sé sincera, y te prometo

Mi amparo, mi protección.

Si alguna infausta pasión...

Elena. Moriré con mi secreto.

Vict. ¡Es posible!

Elena. No me admiro

Si sospechosa os parezco,

Señora...

Vict. Te compadezco,

Pero...

Elena. Basta. Me retiro.

Vict. Espera. ¿Ningún amparo,

Ningún asilo te resta?

Elena. ¡Ah! Nací en hora funesta.

Vict. ¿Mas por qué no hablarme claro?

Me precio de ser humana,
Y reservada.

Elena. Señora...

Vict. ¿Quién te ha albergado hasta ahora

Elena. Una miserable anciana.

En su hogar — ¡prémiela Dios! —

Consuelo mi pena hallaba.

Yo trabajando ganaba

El sustento de las dos.

Mas ¡ay! de este bien postrero

Su muerte me ha despojado.

Vict. Me da lástima tu estado.

Yo lo haré más llevadero.

Elena. En la flor de juventud,

Una mujer desvalida,

Sola...

Vict. Sí; comprometida

Tiene siempre su virtud.

Ni excusa por ser honrada

La malicia de las gentes.

Contra lenguas maldicientes

No hay virtud asegurada.

Elena. Para evitar tanto horror,

Bien que fui servida un día,

Servir, señora, quería

En una casa de honor;

Y sabiendo esta mañana...

Vict. Bien. Sin más información

Te ofrezco mi protección.

Te trataré como hermana.

Harto te abona ese llanto

Que yo enjugaré piadosa;

Harto esa cara donosa

Que es de mis ojos encanto.

Ya ves, mi linda doncella,

Que envidia no cabe en mí.

¡Oh! Ni tan fiera nací

Que tenga miedo á una bella.

Galanes hay más de tres

Cuya amorosa eficacia

Haga al punto... Hoy, verbigracia,

Me caso con un marqués.

No es casamiento á la usanza :

De interés digo; ¡qué horror!

Ni casamiento de amor,

Ni de estado... Es de venganza.

Desde que viuda quedé

Sólo un hombre me flechó.

Tuvo celos; me dejó...

Buen viaje. No le rogué.

Pido á mi razón auxilio,

Dígole adiós á Granada,

Y ya de mi amor curada

Fijo aquí mi domicilio.

Viuda rica poco aguarda

Si aspira á nuevo consorte.

He aquí que me hace la corte

El marqués de Rivaparda.

Me merece buen concepto

Si no amor arrebatado,

Aunque poco le he tratado;

Me pide la mano; acepto.

Yo no sé si este capricho,

Me saldrá á la cara un día;

Mas no hay remedio, hija mía :

Hoy me caso; ya lo he dicho. —

¡Eh! Ya ves que sin temor

Toda mi historia te cuento;

Y es porque ganarme intento

Tu confianza y tu amor.

Elena. ¡Ah! señora. No merezco

Tanta bondad. Á esas plantas

Mi gratitud...

(*Se arrodilla.*)

Vit. ¿Te levantas,

Ó reñimos? (Me enternezco.)

Elena. Tanta ventura os dé Dios

(*Levantándose.*)

Como bien me hacéis, señora.

Vict. Basta, basta por ahora.

Llorando estamos las dos...

Y yo lágrimas no quiero;

Que mi novio va á llegar,

Y si me viese llorar

Lo tendría á mal agüero.

Anda allá dentro y pregunta

Por doña Ambrosia Calleja,

Mi ama de llaves. Es vieja

Desabrida y cejijunta,

Pero fiel. Di que te agrego

En calidad de doncella

Á mi servidumbre, que ella

Te dirá...

Elena. Bien.

Vict. Vuelve luego.

ESCENA II

VICTORINA

¡Pobre muchacha!... Y sin duda

Es mujer más virtuosa

Que feliz; que de otra suerte

Siendo tan gallarda moza

No se pondría á servir.

Quizá yo con esta obra

De caridad, ¡pobre Elena!

Te libro de la deshonra.

¡Cuántas, cuántas infelices

Por la miseria!...

ESCENA III

VICTORINA, UN CRIADO

Criado. Señora...

Vict. ¿Qué quieres?

Criado. Un caballero

Que debe ser en la boda

Testigo...

Vict. Pase adelante.

ESCENA IV

VICTORINA, EL CONDE

Conde. Señora, ¿sois vos la novia?

Porque mi amigo el marqués,

Embobado con sus glorias,

Aun no me ha dicho... ¡Qué veo!

Vict. ¡Conde!

Conde. ¡Vos!...

Vict. Estoy absorta.

Conde. ¿Será sueño? ¡Victorina!

Vict. ¡De qué os admiráis? Es cosa

Del otro mundo el casarse

Una mujer?

Conde. No me asombra

Que os caséis : lo que me pasma

Es haber venido en posta

Á ser conyugal testigo

Del que mi dicha me roba;

Yo, que rendido os amé...

Y os amo también ahora,

Y os amaré...

Vict. Señor conde,

Dejemos á un lado bromas.

Conde. ¡Sí, para bromas estoy!

Con qué la dama me soplan

Contra el derecho de gentes.

¿Y queréis...? ¡Es mucha historia

La mía! Vengo volando

Á heredar á doña Alfonso,

Mi tía, porque me anuncian

Su muerte; ¡y robusta, gorda,

Me la encuentro paseando

En los Caños de Carmona!

Entro molido en Sevilla,

Y al apearme en la fonda

En sus brazos me recibe

Un amigo, me sofoca

Con sus halagos, y exclama :

« Conde, tu venida colma

Mi felicidad. Me caso.

Al volver vive mi esposa :

En una casa que tiene

Persianas verdes; no hay otra.

Corre : allí te hospedarán

Luego iré : tengo mil cosas

Que hacer. Serás mi testigo...

— Pero ¡hombre!... — No puedo ahora

Decir más. » — Desaparece :

Vengo aquí sin ceremonia;

Llamo; á falta de otras señas

Pregunto... por una novia,

¡Y me recibe...! ¿Os reís?

Esa risa me desploma.

Vict. ¿Qué he de hacer sino reirme

Conde. ¡Criatura infiel! ¿Te mofas

De mi dolor?

Vict. Señor conde,

Ya no es tiempo de lisonjas.

Quizá me amasteis un día,

Pero yo no soy tan boba

Que aun os crea apasionado

Después que por vos fué rota

La amante correspondencia

De nuestras almas.

Conde. Quien oiga

Vuestra acusación, dirá

Que es Victorina una Porcia

Y yo un ingrato, un perjuro,

Voluble como las olas. —

Acordaos de aquel baile

Casa de don Juan Ulloa.

¡Ah! La noche que me dísteis

Mientras viva no se borra

Del alma mía; no. ¡Estarse

En conversación dos horas

Con un regidor de Vélez!

Vict. Era mi primo.

Conde. ¿Qué importa?

También son hombres los primos,

Y los hay de tal estofa

Que no suelen esperar

Que vengán bulas de Roma.

Vict. Salisteis á la antesala

Á fumar...

Conde. ¡También es droga

Que no ha de poder un hombre

Moverse sin que le ponga

Sustituto!

Vict. Él ocupó

Vuestra silla, y no era cosa

De levantarme...

Conde. Si tal;

Que bien se levantan otras

Cuando les conviene.

Vict. Es cierto;

Pero las gentes lo notan,

Y la urbanidad exige...

Conde. La urbanidad es muy tonta.

Vict. Yo no pude menos...

Conde. Sí;
De hablar como una cotorra;
No hacer caso de mis señas;
Verme sudar gota á gota
La sangre, el alma, y reirse
Con aquel bobo de Coria;
Y, lo que es más, ¡oh traición!
Bailar con él la galopa.

Vict. Y vos me dijisteis luego
Mil injurias.

Conde. Fueron pocas
Todavía.

Vict. Me llamásteis
Delante de cien personas
Coqueta, y echando fuego
Por los ojos, y la boca
Exigisteis que dejase
Corrido como una mona
Á mi primo.

Conde. Y por lo mismo
Tú fuiste más obsequiosa
Con el tal primo, y le diste
Caramelos, que ponzoña
Se le vuelvan.

Vict. Y tú luego
Me dejaste sin más forma
De proceso.

Conde. Y no paré
Hasta verme en Barcelona.

Vict. Y no me escribiste luego.

Conde. Y tú tampoco, traidora.

Vict. ¡Ni una sola vez!

Conde. Estaba
Ofendido.

Vict. Yo quejosa.

Conde. Mas por mi desgracia nunca
Se apartó de mi memoria
Tu imagen.

Vict. Es falsedad.

Conde. Que me deshaga una bomba
Si miento.

Vict. ¡Quererme ajena
El que no me quiso propia! —
No lo extraño, que los hombres
Aun mucho más que nosotras
Gustan del árbol vedado.

Conde. ¿Y has de ser tan rencorosa?...

Vict. No; yo no os guardo rencor;
Y aun puedo, si os acomoda,
Ser vuestra amiga.

Conde. ¡Mi amiga!
Yo tengo amigas de sobra;
Las viejas.

Vict. Pero...

Conde. No pienses
Que mi pasión se conforma
Con esa parva materia.

Vict. ¿Parva? Aun soy muy generosa.
Conde. Mi amante, ó nada.

Vict. Pues nada.
Conde. ¡Ah, cruel! Dame una sogá,
Dame un puñal...

Vict. ¡Bobería!
¿Cuánto va á que no te ahorcas?

Conde. ¡Pues! Porque uno es aturdido
Presumen estas señoras
Que no es capaz de sentir,
Ni de tragarse una copa
De arsénico, ni... Mal haya
El necio que se enamora.

Vict. Ya basta, conde. Mudad
De conversación...

Conde. ¡No es cosa
Lo que pides! Con que casi
Me están dando ya congojas,
¿Y quieres que ahora te hable
De Coimbra ó de Lisboa?

¡Pérfida mujer! Te casas
Con otro; me desalojas
De tu corazón... ¿Acaso
Es más gallarda persona
Tu novio, ó tiene más gracia

Para bailar la gabota
Que yo? ¿Recibe primero
El figurín de la moda?
¿Canta mejor por ventura
Una polaca de *Coeccia*.

Un *duetto* de *Bellini*,
Ó aquella aria de la *Donna*
Del lago... ¡Ah! ¡Ya no te acuerdas

De las noches deliciosas
En que al amor escondía
En los pliegues de su toga
La dulce *Euterpe*, y maligno
Solía entre nota y nota

Con un solo dardo herir
Tu pecho y el mío! ¡Oh glorias
Por mi mal perdidas! ¡Oh!...
¿Y será posible que rompas
Aquella grata cadena?...

Mas ya veo que se agolpan
Las lágrimas á tus ojos;
Ya tu frente se sonroja
Y palpitando tu pecho
Mis esperanzas corona.

Vict. No, no; mis lágrimas, mienten,
Y si mi pecho zozobra
Miente también. Señor conde,
Es acción aleve, impropia
De un caballero la vuestra.

¡Hacerme llorar ahora
Cuando...! Yo no soy mujer
Que fácilmente revoca

Lo que una vez ha resuelto.
Conde. Tú me desdeñas... ¡y lloras! —

¿Amas al marqués?

Vict. No sé.
Esa es pregunta capciosa,
Pérfida. Si no le amo,
Peor... para mí.

Conde. ¡Esta es otra!
Sin amarle... Bien, muy bien.
Yo sé lo que hacer me toca.

Vict. ¿Cuáles son vuestros designios?
Conde. El florete ó la pistola.
Dirimirán la contienda.

Vict. ¡Señor conde!

Conde. Hoy va á ser Troya
Esta casa.

Vict. ¿Qué decís?
¡Una escena escandalosa
En mi presencia! ¿Y á tanto
Podrá llegar vuestra loca
Osadía?

Conde. Perdonad,
Que los celos me trastornan;
Perdonad. No aquí; en el campo
Disputaremos la joya.

Vict. ¿Y sois vos el que me amáis?
¿Vos, que aventuráis mi honra?...

Y la aventuráis en vano;
Que ya con ojos de esposa
Miro al marqués, y ofenderle
Es ofenderme á mí propia.
Señor conde, en el extremo
Á que han llegado las cosas
Ningún derecho os asiste
Para acibarar mis bodas;
Y sabed que por los medios
Que vuestro furor adopta,
Lejos de lograr mi mano
En premio de la victoria,
Perderéis mi estimación.
No os digo más. Ahora á solas
Reflexionad. La nobleza
De vuestra alma será norma
De vuestra conducta. Sí;
No lo dudo. Adiós.

Conde. ¡Qué mona!...
¿Y yo podré...?

Vict. Perdonad.
Ocupaciones forzosas...
Yo volveré... (Si no hayo,
Es segura mi derrota.)

ESCENA V

CONDE

Bien dice: razón no tengo
Para armar una camorra

Y comprometer su fama.
Si á otro más feliz otorga
Su mano, la culpa es mía;
Sí; que por una bicoca
Reñí con ella... Es verdad
Que el tal primo estuvo posma.
¡Toda la noche á su lado!
Pero ¿qué mujer es sorda,
Aunque blasone de fiel,
Á la voz de la lisonja?
¡Y en un baile! El coqueteo
Es enfermedad de todas. —
Vamos claros: yo también,
Luego que pasó la mosca,
Orillas del Llobregat
Fuí galán de veinte *noyas*. —
Mas vuelvo á ver á mi viuda
Y mi corazón recobra;
Y su agitación, su llanto,
Sus miradas seductoras...
Sí; todavía me quiere;
¡Y la perjurá me inmola
Al qué dirán, á la...! ¡Cielos!
Si veo lucir la antorcha
De Himeneo para dicha
Del rival que me destrona;
Si mis lágrimas no ablandan
Aquel corazón de roca,
No habrá para mí consuelo.
El dolor, la rabia...

(*Mira adentro.*)

¡Hola!

¿Qué lindo busto es aquel
Que por el pasillo asoma?
¡Bella muchacha, por Dios!
Aquí se acerca. ¡Preciosa!

ESCENA VI

ELENA, EL CONDE

Elena. Perdonad. En esta sala
Cref ver á mi señora...

Conde. ¡Ah! ¿Luego sois su doncella?
Pues muchas damas quijetas
Mandan á treinta criados
Y pisan ricas alfombras,
Que comparadas con vos
Serían lo que la sombra
De la noche comparada
Con el fulgor de la aurora.

Elena. Excusad vuestros elogios.
Que mal, señor, se conforman
Con mi estado, y permitid...

Conde. No seas tan desdeñosa,
Que no soy ningún caribe.

Elena. Dejadme...
Conde. Cuando te enojas
 Estás más bella. Tus ojos
 El corazón me aprisionan;
 Y esa mano...
Elena. Deteneos.
 Si en el traje, no en las obras,
 Sois caballero, si al verme
 Reducida á tan penosa
 Situación imagináis
 Que yo no soy acreedora
 Al respeto que dispensa
 Á mi sexo el que blasona
 De bien criado, tal vez
 Sabré recordaros...
Conde. ¡Oigan!
 ¡Una Lucrecia en figura
 De camarera española!
 Vamos; yo estoy reservado
 Á aventuras prodigiosas.
 ¿Quién había de pensar...?
 Pues, como soy, que me corta
 Ese grave continente,
 Así, á modo de matrona
 Romana... (Amor me castiga
 Por la traición aleve
 Que á mi viuda incomparable
 Acabo de hacer. ¡Qué chola
 La mía! — Pero si en viendo
 Dos ojos negros... Perdona,
 Victorina de mis ojos,
 Que esto ha sido un entrecomas
 De mi cariño, una especie
 De..., un *hors d'œuvre*.) Adiós, pichona —
 (Vuelvo á buscarle, bien mío,
 Y do quiera que te escondas,
 De nuevo te juraré
 Mi fe constante y heroica.)
 Invulnerable doncella,
 Si tanto te desazonan
 Los requiebros de los hombres,
 Bien puedes meterte monja;
 Que con ese lindo talle,
 Y esa carita de rosa
 Corres peligro en el mundo.
 ¡Nada! Un sayal, una toca,
 Y evitarás los escollos
 De esta vida transitoria.
 (Vase por donde se fué Victorina.)

ESCENA VII

ELENA

Doleos, Dios de clemencia,
 De esta misera mujer,

¡Tantos días de tormento
 En que enjutos no se ven
 Mis ojos, tantos afanes;
 No merecen suspender
 Vuestro enojo! ¡Ah! ¿Hasta cuándo
 Habré de apurar la hiel
 Del dolor? ¿Llevo en mi frente,
 Llevo yo el sello tal vez
 De la deshonra? ¿Hasta cuándo
 Triste ludibrio seré
 De los hombres triste objeto
 De sus insultos? ¡Gabriel!
 Si vieras entre sollozos
 Mi amargo llanto correr;
 Si vieras en este pecho
 Clavado el dardo cruel
 De tu ingratitud, acaso
 Tú llorarías también. —
 ¿Y serás tú venturoso?
 No; que en medio del placer
 El atroz remordimiento
 Quizá lacerando esté
 Tu corazón. — Vuelve, vuelve
 Á mis brazos, caro bien,
 Mayor será mi ternura,
 Mayor que tu culpa fué. —
 ¿Qué digo? ¿Cómo esperar
 Que á la senda del deber
 Pueda tornar algún día
 Arrepentido el infel
 Que ni á mis humildes queja
 Se digna satisfacer
 Con una carta, una sola
 En que piadoso y cortés,
 Ya que enamorado no,
 Algún consuelo me dé?
 Si al menos me fuera dado
 Al fruto inocente ver
 De mis funestos amores...
 Mas ¡ay dolor! Tanta es
 Su iniquidad, que le oculta
 Donde jamás le verá.
 Y en tanto víctima triste
 De la más negra doblez,
 Desvalida, sin amparo,
 Despreciada, moriré.
 ¡Doleos, Dios de clemencia,
 De esta misera mujer!
 (Se sienta llorosa y abatida.)

ESCENA VIII

DON GERARDO, ELENA

Ger. (Allí está la ingrata. ¡Y llora!
 (Desde la puerta.)

Acaso de su altivez
 Pesarosa... ¡Ah, cómo tiemblo
 Á su vista!) (Se acerca.)
Elena. ¿Quién?...
 (Se levanta.)
 ¡Ah! ¡Vos!... ¡Vos... aquí!
Ger. ¿Te admiras?
Elena. Huid de mí. ¿Qué queréis
 De esta infeliz?
Ger. Tu ventura.
Elena. No; ya no la puede haber
 En el mundo para mí.
Ger. Contempla, ingrata, cuál es
 El fruto de tu soberbia.
 ¡Tú sirviendo, Elena! Ven,
 Vuelve al hogar de tu tío,
 Que siempre indulgente y fiel...
Elena. Jamás. Vuestro amor me irrita.
Ger. ¡Mi amor te irrita! ¿Por qué?
Elena. ¡Por qué me decís! ¿Y acaso
 No debo yo aborrecer
 Á todos los hombres? Vos,
 Que mi situación cruel
 Sabéis; vos, víctima triste
 De otra pasión, ¿vos no veis
 Que un alma desesperada
 No es capaz de obedecer
 Ni al freno de la razón,
 Ni á la voz del interés?
 ¡Por qué no os amo! ¿Y no puedo
 Preguntaros yo también
 Por qué me amáis vos á mí
 Debiéndome aborrecer?
 Soy para con vos ingrata,
 Injusta, ciega; lo sé;
 Pero no esperéis...
Ger. Escucha:
 No pretendo que me des
 Tu mano. Sólo te pido
 Que depongas la esquivéz,
 El no merecido encono
 Con que te gozas en ser
 El tormento de mi vida.
 Ven á ser dueña otra vez
 De mi casa, mis riquezas...
 Bien sé que el bajo interés
 En tu pecho no se abriga;
 Pero antes que depender
 De ajeno favor, debieras...
Elena. Yo sé cuál es mi deber,
 Si vos no olvidáis el vuestro,
 Dejadme; no me obliguéis
 Á maldeciros.
Ger. No, Elena:
 Ya jamás me apartaré
 De tu lado; no, aunque expire
 Al rigor de tu desdén.

¡Ingrata! Huyendo de mí,
 Cual lo pudieras hacer
 De tu mayor enemigo,
 Me has hecho apurar la hez
 De la aflicción, tantos días
 Buscándote en vano. Ayer
 Te vi salir de esta casa.
 El designio averigüé.
 Que te llevaba á su umbral.
 Quiso mi suerte que en él
 Encontrara al mayordomo
 De esa señora... (Saca un puñal.)
 Detén
 El paso, que me has de oír
 Ó muerto caigo á tus pies. —
 (Elena, que había hecho un movimiento
 para retirarse, se detiene aterrada.)
 Criado fué de mi casa:
 Dios sabe si le hice bien.
 Recuérdole mis bondades,
 Y le pido, por merced...
 ¡Una librea! Logramos
 Yo y mi mayordomo fiel
 Entrar aquí de sirvientes,
 Y al menos tengo el placer...
Elena. Rompa ese puñal mis venas
 Y acabarán de una vez
 Mis infortunios.
Ger. ¡Silencio!
Elena. Yo libertarme sabré
 De vuestra presencia.
Ger. Un grito,
 Un solo paso que des
 Para frustrar mis intentos
 Te pierde... y á mí también.
 Sí; diré quién soy, quién eres;
 Tu mengua publicaré;
 Sabrá el mundo...
Elena. ¡Dios eterno!
 ¡Ah! No. Por piedad... Si os ven,
 Si os oyen...
Ger. Nada receles.
 (Guardando el puñal.)
 Adentro cuida Ginés
 De que nadie nos sorprenda.
 Quiero hacerte conocer
 Tu error. De vil servidumbre
 Quiero arrancarte, y después
 Serás libre; te lo juro,
 Elena. No abusaré
 De tu desventura. En tanto,
 Por las grandezas de un rey
 No cambiara yo la humilde
 Condición en que me ves.
 Ella el consuelo me ofrece
 De acreditarle mi fe,
 Y ser tu apoyo, tu escudo,
 Si tiene la avilantez